

## Diez años de la reunificación de Berlín

# La tercera democracia alemana (1)

HOLM-DETLEV KÖHLER

*Yo amo tanto a Alemania que prefiero  
dos Alemaniás a una.  
(François Mauriac)*

La democracia regalada. Cuando era un crío y empezaba a hacer preguntas sobre lo que escuchaba en la radio (todavía no teníamos tele en casa) pregunté a mi padre cuál era nuestra capital «Berlín», me contestó. Alguna intuición me llevó a plantear la misma pregunta a mi madre. «Bonn» era la respuesta bastante confusa para mi mente preescolar y no recuerdo la explicación posterior que me dio mi madre, enfrentada a la contradicción de las dos respuestas incompatibles.

Hace 10 años, cuando la gente saltó el muro de Berlín en un acto singular de alegría histórica, empecé la construcción de la tercera democracia alemana, pasando la razón definitiva a mi padre después de una larga razón provisional de mi madre. La primera democracia empezó en un 9 de noviembre (de 1918), cuando el levantamiento revolucionario de los consejeros de trabajadores y soldados forzó la dimisión de (último emperador, Guillermo II, que tuvo que pasar el poder a la República en constitución. Esta República era tan débil que ni aguantó la revuelta capital y se constituyó en la pequeña y romántica ciudad de Weimar. De todas formas, fue más la derrota militar que la revolución democrática que regaló la primera democracia al pueblo alemán. Es más, uno de los primeros actos del primer Gobierno democrático bajo el liderazgo socialdemócrata fue la represión militar de los brotes revolucionarios restantes y el asesinato de sus líderes destacados Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht

El 9 de noviembre no desapareció de la historia alemana sino se convirtió en una de las fechas más negras. En 1938 la: noche de los pogromos significó el comienzo del genocidio a los judíos, el mayor crimen de la humanidad moderna. Al final de esta historia llegó otra democracia regalada, sin revolución ni movimiento democrático alemán por detrás, la República de Bonn. De este regalo ya no podían disfrutar todos los alemanes sino sólo los que se encontraban accidentalmente en la zona occidental, ocupada por americanos, ingleses y franceses, o los que consiguieron -como los padres del autor poco después de su nacimiento el paso a la RFA antes del levantamiento del Muro en 1961. Así mis padres me regalaron también la democracia mientras mis compatriotas de la RDA tenían que esperar 30 años más hasta que a ellos también la regalaron.

El regalo de 1989 no llegó del Oeste sino del Este, de las manos de Gorbachov, que en medio de su Perestroika permitió a los países del Pacto de Varsovia elegir su propio camino político. con esto dejó al Gobierno de la RDA en el más profundo vacío de poder, un vacío que poco a poco fue rellenado no por el pueblo de la RDA sino por el Gobierno y el capital de la RFA. Otra vez, la: democracia ha llegado a los alemanes sin esfuerzos ni méritos propios, como regalo desde fuera dentro de un cambio geopolítico, y no como resultado de un movimiento democrático.

Este contexto histórico me sirve de punto de partida para unas reflexiones en contra de la doctrina dominante y en contra de la doctrina opositora de la interpretación de la nueva República de Berlín. La doctrina oficial habla de la nación reunificada en su eterno deseo de vivir juntos en paz, libertad y democracia. La oposición habla de la anexión de la Alemania pobre por la Alemania rica reprimiendo un proceso de autorreforma democrática en la RDA. La verdad parcial (como parte de cualquier

Sostiene el autor que el período iniciado con la caída del Muro el 9 de noviembre de 1989, representa la tercera democracia alemana, tras dos «democracias regaladas», la de Weimar (1918) y la de la RFA (1949), que analiza en este texto, antes de pasar revista, mañana, al proceso de reunificación.

mentira) consiste en la voluntad mayoritaria de vivir como en la RFA (por parte de la doctrina oficial) y en el carácter antidemocrático del proceso de unificación (por parte de la oposición).

El final de la RDA. En octubre de 1989, el portavoz del Ministerio de Exteriores de la Unión Soviética, Gennadi Gerasimov, proclamó el fin de la doctrina Breshnev de una «soberanía limitada de los países socialistas.», implementada para la posterior legi-

como el Partido Liberal (LDPD), el Partido Demócrata (CDD), el Partido Nacional Demócrata (NDPD) y el Partido de Campesinos (DBD). Esta «confirmación impresionante del socialismo y del SED» (el presidente de la RDA Erich Honecker), sin embargo, fue la última victoria del aparato sobre el pueblo. La posterior amenaza, saludando como ejemplo demostrativo la masacre del Gobierno chino en la plaza de Tiananmen el 4 de julio del mismo año, ya



Un berlinés se aplica a la tarea de derribar un fragmento del Muro bajo la atenta mirada de los guardias fronterizos de la RDA.

timación de la intervención militar contra el movimiento de reformas socialistas en Checoslovaquia en 1968, y su sustitución por la «doctrina Sinatra», refiriéndose a la famosa canción del popular cantante norteamericano «I do it my way». Ni él, ni su máximo jefe, Gorbachov, eran conscientes del terremoto causado por estas palabras. Con la renuncia explícita a la intervención militar aceleraron los procesos de reformas democráticas ya en marcha en varios países con Hungría en la cabeza y Checoslovaquia y Polonia detrás, mientras la cúpula de la RDA se veía en un cerco de países traidores sin el apoyo del gran hermano. Aquí apenas habían empezado las reformas y todavía en mayo de 1989 se habían celebrado elecciones municipales al estilo comunista con un resultado de 96% a favor del Frente Nacional, nombre de la única candidatura permitida, liderada y controlada por el Partido de la Unidad Socialista de Alemania (SED) e integrado por unos grupos minoritarios de maquillaje

no pudo frenar la formación de un movimiento de oposición.

En realidad, se trata de dos movimientos de oposición que correspondían a los criterios del sociólogo norteamericano Alfred Hirschman «exit» (salida) y «voice» (voz, participación). Con la apertura de la frontera entre Hungría y Austria en septiembre empezó una fuga masiva de miles de personas (más de doscientos mil en dos meses), las embajadas de la RFA en Praga, Budapest y Varsovia se llenaron de refugiados de la RDA, el movimiento Sali-

da socavó los últimos restos de la legitimidad del Estado RDA. En paralelo surgió en el interior un movimiento de protesta, formando nuevas organizaciones democráticas y de derechos humanos (Nuevo Foro, Resurgimiento Democrático, Democracia Ahora, Iniciativa por Paz y Derechos Humanos...), organizando manifestaciones multitudinarias bajo el lema «nosotros somos el pueblo». En el centro de las reivindicaciones de este movi-

miento de «voice» estaba, sin embargo, el movimiento de «exit», es decir, la libertad de desplazamientos indicando un sentimiento decisivo para los meses posteriores: la gente no quería otra RDA, sino estaba profundamente harto de ella y de todo lo que representaba.

«A quien llega tarde, le castiga la vida». Si el partido no reacciona a la vida, está condenado», eran las palabras de Gorbachova Honecker durante el 40º aniversario de la RDA, el 6 de octubre de 1989. El partido no era capaz de reaccionar, ya había perdido todos los contactos con la vida, ni entendía lo que estaba ocurriendo. Cuando el recién nombrado presidente del Gobierno Egon Krenz publicó, en la tarde del 9 de noviembre, la propuesta de una nueva ley de libertad de desplazamientos con el propósito de recuperar el control de la situación, decretó de facto el final del régimen y la gente saltó el Muro.

La unificación antidemocrática. Los meses siguientes hasta la unificación monetaria en julio de 1990 y la adhesión formal de los «nuevos estados federados» en octubre del mismo año conocieron una nueva división de la política alemana. Por un lado, el pueblo de la RDA vivía una experiencia única democrática, creando nuevas instituciones democráticas como las mesas redondas, debates públicos sobre la futura Constitución, denuncias de instituciones y representantes de la dictadura con el famoso Stasi (Servicio Secreto de Seguridad) en el centro y las primeras elecciones parlamentarias libres en marzo 1990, de las cuales salió el primer y último Gobierno democráticamente legitimado de la RDA. Por otro lado, el poder real y las decisiones relevantes estaban en el Gobierno de Kohl en Bonn y sus negociaciones con las potencias internacionales. Ahí se decidió la unificación monetaria, la forma de adhesión de la RDA a la RFA sin debate constitucional, la ocupación del espacio político y social por los partidos, sindicatos y cúpulas institucionales de la RFA, en fin, la incapacidad política de los nuevos ciudadanos alemanes.

De todas formas, el pueblo de la RDA, acostumbrado a situaciones sin poder democrático, aprendió rápido, dónde estaba su poder y el poder real, limitando sus acciones a un solo objetivo político: la entrada en la RFA. Así sustituyó el lema de «nosotros somos el pueblo» por «nosotros somos un pueblo», agudizó su amenaza de fuga masiva en caso de permanencia de algún estado sucesor de la RDA, desacreditó sus nuevas instituciones democráticas y votó al representante del Gobierno de Bonn en la RDA, al democristiano Lothar de Maiziere, como presidente de su último Gobierno. Las elecciones del 18 de marzo explican el panorama político de la RDA en disolución. Los aparatos del antiguo Frente Nacional, es decir, el SED convertido en PDS (Partido del Socialismo Democrático) (16,3%), el CDU (48,1%), y la Alianza Liberal (5,3%), los dos ya dominados por sus nuevos partidos hermanos occidentales, juntaron más de 70% de los votos, mientras las dos nuevas formaciones democráticas, el Partido Socialdemócrata del Este SPD (21,8%) y la Alianza 90 (la coalición electoral de los movimientos democráticos) (2,9%) quedaron alejados del poder. La historia alemana había vuelto a sus cauces, acabando con los tímidos intentos de una revolución democrática, dejando su destino político en manos externas. De un día a otro, la exaltación democrática acabó dejando el marco alemán y sus seducciones consumistas como limosna.

## Diez años de la reunificación de Berlín

**La tercera democracia alemana (y II)**

HOLM-DETLEV KÖHLER

*Los ciudadanos de la RFA, afirma el autor en esta segunda parte de su trabajo sobre el X Aniversario de la caída del Muro, acogieron la reunificación con más temor que esperanza. Los orientales se encerraron en sus mundos privados. Fue, para todos, una oportunidad perdida*

Un estado, dos sociedades. Lo que surgió de este proceso de adhesión consentida y dirigida es un marco estatal con dos formaciones sociales muy distintas en su interior. En la parte occidental, los alemanes se habían adaptado bien al modelo del capitalismo y, poco a poco, también al modelo de una democracia occidental, una democracia que permite la ilusión de participación sin la obligación de mojarse. El mecanismo clásico del derrotado, la identificación con el vencedor (los norteamericanos), había funcionado muy bien,

dando a los alemanes occidentales un papel respetable en el mundo como gigante económico y enano político. Trabajar para olvidar la historia y superar la humillación se convirtió en el eje psicológico de la República de Bono. Se vivía bien en la RFA, y la idea de una reunificación causó cada vez más temor que esperanza.

Los orientales intentaron la misma salida de identificación con el vencedor en un intento de convertirse en el ejemplo-modelo del socialismo. En un principio tenían incluso la ventaja de ser bautizados «nación antifascista» por Stalin y poder descargar toda la culpa histórica al occidente. A partir de esta limpieza ideológica, todos los ex nazis vivían oficialmente en la RFA. En su intento de ser buenos Comunistas podían continuar con muchos hábitos del régimen anterior, el partido único, el aparato vigilante y represor, las organizaciones de masas oficiales, una burocracia prusiana autoritaria, hasta algún campo de concentración fue utilizado

"como cárcel para los nuevos disidentes, y no eran pocos que recién liberados de la represión nazi entraron otra vez en la cárcel por sus convicciones políticas. Cuando estos alemanes se tuvieron que dar cuenta que se habían equivocado otra vez en su identificación con el poder dominante, perdieron toda la iniciativa y se encerraron en sus pequeños mundos privados. Aguantar la esquizofrenia entre el discurso oficial y su vida real, no opinar, mentir hasta a sus propios hijos para evitar cualquier sospecha, oportunismo como única forma de conseguir una posición aceptable... todo esto se convirtió poco a poco en una segunda piel de los ciudadanos del socialismo real.

En este sentido, el antes descrito proceso antidemocrático de la unificación no fue otra cosa que la prórroga de la incapacidad política y ciudadana de los alemanes orientales.

Desde entonces tienen que reconocer, además, que a pesar de su rápido equipamiento con los productos occidentales de consumo quedan marcados durante mucho tiempo como alemanes de segunda clase. Sus caras, sus gestos, su forma de hablar, todo les hace fácilmente identificables como provenientes de una sociedad que, en cuarenta años de su existencia, no consiguió una identidad propia. El proceso de unificación declaró nulo su valor histórico, su trabajo durante dos generaciones, sus formas de pensar y actuar, y les obligó otra vez a aguantar, en este caso la arrogancia de la gente que por suerte y casualidad había nacido al otro lado del Muro. Después de haber sacrificado toda su historia y cultura por el marco fuerte y el derecho a viajar, están condenados a copiar todo del occidente, y lo copian muchas veces de forma tan burda y hortera que despiertan o pena o ridículo.

En este trasfondo psicosocial hay que interpretar el desencanto actual en una parte de la población liberada de la dictadura, el auge de bandas ultraderechistas entre los jóvenes orientales, el voto estable poscomunista del PDS y, también, las actitudes de los turistas en Mallorca o Praga. Alemania oriental apenas acorta las distancias económicas, la brecha de productividad y falta de capacidad de exportación, y permanecerá durante muchos años más una región subvencionada con el PIB por

habitante a un 60% del nivel oeste. Las transferencias públicas hacia la antigua RDA alcanzan una cifra de 190.000 millones de marcos (16 billones de pesetas) anuales. También continúa la coexistencia de dos sistemas políticos. En la antigua RFA existen cuatro partidos, un equilibrio entre SPD y CDU y dos pequeñas fuerzas de bisagra, los Verdes y los liberales del FDP. En la antigua RDA existen sólo tres partidos, aparte de CDU y SPD, el PDS, que cuenta con un potencial de votos de un 20% "y mantiene el mayor número de afiliados -de los 2,4 millones del SED quedan todavía 85.000 (la mitad pensionistas), una cantidad parecida a los afiliados de todos los demás partidos del Este en su conjunto-, y en algunos ayuntamientos y parlamentos regionales han entrado

problemas surgidos de una unificación muy dinámica sin ninguna fase preparativa. Las críticas, además, no se dirigen exclusivamente a la situación alemana, sino de la misma manera a la reacción internacional frente al profundo cambio geopolítico que significaba la desaparición del telón de acero.

El flamante premio «Príncipe de Asturias» y Nobel de Literatura, Günter Grass, lamentó el 1 de julio de 1990, día de la introducción del marco occidental en la RDA: «A lo largo de la tan a menudo desafortunada historia alemana, rara vez se ha desperdiciado tan cicateramente una oportunidad verdaderamente histórica. El proceso, que comenzó con coraje, que tras tantas humillaciones favoreció la autoestima, permitió el humor y hasta el opti-

La segunda objeción se refiere al nuevo orden internacional. Ni Alemania ni otros países aprovecharon la situación, muy favorable, para un giro político internacional hacia un orden más pacífico. El eje de esta política hubiera sido una mayor integración política y social europea, el desarrollo del proceso de Helsinki de la OSCE y la sustitución de las fuerzas militares nacionales por fuerzas internacionales de la ONU. Los países europeos no están dispuestos a ceder poder político a favor de una Unión Europea democratizada y reformada ni son capaces de establecer un orden de seguridad para controlar los terribles conflictos y brotes nacionalistas en el mundo posecomunista. Ahí, la Alemania recién unificada jugó un papel triste en su solitario y prematuro reconocimiento de Croacia sin consultar a sus aliados europeos animando, de esta forma, la terrible cadena bélica en vez de uria poderosa intervención política a favor de la paz.

En tercer lugar, el proceso de la unificación alemana significa una terrible derrota para la izquierda internacional. Cuando una izquierda fuerte e ilustrada es más necesaria que nunca para civilizar un capitalismo sin fronteras ni alternativas reales y luchar contra el auge de

movimientos nacionalistas y racistas, ésta se desacreditó de forma imperdonable (ahí sí hay que criticar actores concretos). En vez de apoyar sin reticencias los movimientos populares contra la dictadura y reconocer la libertad individual, los derechos humanos, la sociedad civil, el antiestatismo/anticorrupcionismo, el medio ambiente y la paz como ejes centrales de su propia reconversión e internacionalización, mantenía una posición ambigua tanto hacia estos movimientos, criticándoles de cristianos, liberales; románticos' o no-socialistas, como hacia las fuerzas de los antiguos regímenes. La mayor parte de la izquierda (aunque me cuesta llamarla así) no demuestra todavía ningún interés de sacar a la luz la historia terrible de los Estados soviéticos ni de sus propios partidos políticos.

EL PCE es un triste ejemplo. No en balde, una de las primeras manifestaciones contra el régimen de la RDA

tuvo lugar en enero de 1989, en el

día del asesinato de Rosa Luxemburgo, en homenaje a la primera comunista que criticaba al leninismo y la Revolución Rusa y puso la libertad de expresión por encima de cualquier reivindicación política. ¿Con qué autoridad moral está pidiendo una izquierda el juicio a

Pinochet manteniendo relaciones oficiales de amistad con partidos como el PDS, donde se afincan los responsables del antiguo régimen de la ROA, responsables de asesinatos, torturas y violaciones de derechos humanos a más de 150.000 presos políticos? Una de las reivindicaciones políticas centrales del PDS es precisamente una ley final de amnistía para oficiales de la RDA. La caída del Muro tendría que haber abierto las puertas para una auténtica izquierda de libertad, solidaridad y democracia superando la historia negra de setenta años de «socialismo real».

Los impulsos del movimiento social y democrático de los países del Este se desataron o acabaron en las manos de otras fuerzas políticas mientras la izquierda sigue su agonía auto decretada.

Primero, el revolucionario americano Thomas Jefferson, uno de los fundadores de EE UU, y 200 años más tarde la filósofa judíoalemana Hannah Arendt hablaban de la necesidad democrática de una revisión periódica de la Constitución de una sociedad según el ritmo del cambio generacional, para facilitar a cada generación su «propia inmigración democrática» mediante un debate libre y público. El 9 de noviembre ofreció «una espléndida oportunidad para este debate, una oportunidad perdida.



Guardias fronterizos de la RDA contemplan la caída de un panel del Muro, derribado por un grupo de manifestantes.

ASSOCIATED PRESS

grupos ultraderechistas. El movimiento democrático del otoño 1989 ha desaparecido con la misma velocidad con la que había aparecido.

Frente a este panorama de profundos problemas estructurales de difícil solución a corto plazo, la situación general de Alemania hoy en día tiene que ser considerada bastante positiva. La integración internacional en el sistema occidental (UE, OTAN) no está en peligro y garantiza un cierto control frente al «peligro» alemán de la vuelta de una superpotencia con ambiciones de dominar el continente europeo

desde su centro. La división social y cultural dificulta también el surgir de una exaltación nacionalista. La unificación no es una reunificación nacional, sino ha creado una nueva formación política dentro de fronteras jamás existentes y muy estables, particular

mente en el Este. Por primera vez en la historia, Alemania tiene alianzas y relaciones distendidas con Francia, Polonia y Chequia al mismo tiempo. La fuerza ultraderechista, a pesar de la aportación masiva de elementos culturales xenófobos y autoritarios por parte del socialismo real, es mucho menor que en países vecinos como Austria, Suiza o Francia. Alemania con todo su peso económico y político es un país estable y calculable para la comunidad internacional y europea.

Ocasiones perdidas. Mis reflexiones críticas del último apartado han de ser interpretadas dentro del marco de la notable estabilidad política y capacidad de administrar los grandes

mismo, se ha vuelto trágico. El dinero sustituye a la idea integradora. La moneda fuerte ha de compensar la falta de imaginación. No interesa la paulatina aproximación entre alemanes, sino exclusivamente la expansión de mercados». Grass tenía la bonita visión de dos Alemanijs democráticas compitiendo amistosa

mente por el modelo social mejor dentro del mundo actual. Mis objeciones hacia el proceso de la unificación, parten de la conciencia de que ni el Gobierno alemán ni otras fuerzas concretas disponían de la fuerza y del poder

para redirigir el proceso hacia otra dirección. No son, por consiguiente, denuncias de actores concretos, sino más bien dudas hacia futuros resultados de un proceso histórico de mucha envergadura a medio y largo plazo.

La primera ocasión perdida consiste en la profundización y ampliación de la cultura democrática en Alemania. No sólo para los ciudadanos de la ROA, también para nosotros, occidentales, hubiera venido muy bien un debate público sobre nuestra constitución democrática, sobre las prácticas dudosas de nuestro servicio secreto, sobre nuevos elementos enriquecedores de la participación política, sobre nuevas instituciones de control ciudadano sobre el aparato burocrático estatal... pero esta "bamos condenados al papel impotente del observador como nuestros nuevos conciudadanos. Los alemanes seguimos viviendo bajo condiciones políticas sobre las cuales jamás hemos debatido libre y públicamente.